

<https://doi.org/10.21555/top.v760.3265>

Cuando el “ácido universal” darwiniano entra en contacto con la creatividad humana

When Darwin’s “Universal Acid” Comes into Contact with Human Creativity

Malena León
Universidad Nacional de Córdoba
Argentina
malena.leon@unc.edu.ar
<https://orcid.org/0000-0002-9520-2267>

Recibido: 27 - 09 - 2024.

Aceptado: 30 - 01 - 2025.

Publicado en línea: 01 - 06 - 2026.

Cómo citar este artículo: León, M. (2026). Cuando el “ácido universal” darwiniano entra en contacto con la creatividad humana. *Tópicos, Revista de Filosofía*, 76, 119-158. <https://doi.org/10.21555/top.v760.3265>



This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 4.0 International License.

Resumen

Dennett ha sostenido que una recepción cabal de la teoría evolutiva darwiniana debe modificar nuestra concepción de los fenómenos mentales, dentro de los cuales se ha incluido tradicionalmente la creatividad humana. En este artículo sistematizo y desarrollo algunos lineamientos que debería adoptar un enfoque darwinista de la creatividad humana siguiendo las ideas de Dennett. Defiendo que el enfoque darwinista dennettiano de la creatividad es de carácter pluralista —dado que incorpora procesos de distinto tipo y que operan en distintos niveles—, incluye explicaciones que tienen en cuenta el carácter acumulativo del diseño y contempla que los procesos creativos son, en gran medida, colaborativos y que no necesariamente involucran comprensión. Así, es un enfoque que sostiene que la mente humana, actuando de manera individual, no detenta la potencia que le asignaron los enfoques predarwinianos de la creatividad.

Palabras clave: Daniel Dennett; creatividad; darwinismo; evolución cultural; diseño sin diseñador; competencia sin comprensión; genio creativo; nivel comunitario; ácido universal; procesos de abajo arriba; intencionalidad derivada.

Abstract

Dennett has argued that a thorough reception of Darwinian evolutionary theory must modify our conception of mental phenomena, which traditionally includes human creativity. In this article, I aim to systematize and develop some guidelines that a Darwinian approach to human creativity should adopt, following Dennett's ideas. I argue that Dennett's Darwinian approach to creativity is pluralistic in nature—since it incorporates processes of different kinds which operate at different levels—it includes explanations that account for the cumulative nature of design, and it considers that creative processes are largely collaborative and do not necessarily involve understanding. Thus, it is an approach that maintains that the human mind, acting individually, does not possess the power assigned to it by pre-Darwinian approaches to creativity.

Keywords: Daniel Dennett; creativity; Darwinism; cultural evolution; design without a designer; competence without comprehension; creative genius; community level; universal acid; bottom-up processes; derived intentionality.

Y si la evolución sin mente podía explicar los asombrosamente ingeniosos artefactos de la biosfera, ¿cómo podrían los productos de nuestras propias mentes “reales” estar exentos de una explicación evolutiva? La idea de Darwin, por lo tanto, también amenazaba con extenderse hacia lo más alto, disolviendo la ilusión de nuestra propia autoría, nuestra propia chispa divina de creatividad y comprensión.

Dennett (1995b, p. 63; mi traducción).

Introducción¹

De acuerdo con la definición estándar de la creatividad (Barron, 1955; Simonton, 1999; Runco y Jaeger, 2012; Kaufman y Glăveanu, 2019), un producto creativo debe exhibir dos propiedades para ser considerado como tal. Por una parte, debe ser original o novedoso. Por la otra, debe ser valioso en algún sentido específico: ser adecuado o funcional o útil; debe resolver un problema. Otra manera de caracterizar este segundo componente de la definición estándar es afirmando que un producto creativo debe ser eficaz. En suma, cuando le otorgamos a un producto el “título honorífico” (Briskman, 2009, p. 17) de “creativo” reconocemos que no solo se trata de algo nuevo, sino también de algo bueno.

En nuestras concepciones clásicas y tradicionales sobre las creaciones culturales subyace la idea de que determinados logros creativos extraordinarios son posibles porque los han originado individuos excepcionales, ya sea en virtud de su inspiración e intuición, ya sea en virtud de su raciocinio prodigioso. Podemos identificarla como “la idea del genio creativo”. En la literatura especializada en creatividad

¹ Este artículo es, de algún modo, el resultado de una investigación doctoral dirigida por la Dra. Carolina Scotto y codirigida por la Dra. Laura Danón. Los resultados obtenidos no hubieran sido posibles sin su orientación atenta, sus correcciones agudas y, en general, su ayuda, siempre generosa e inteligente. Asimismo, los comentarios y aportes del Dr. Santiago Ginnobili, el Dr. Sergio Barberis y el Dr. Ariel Roffé fueron sumamente valiosos para el desarrollo de esta investigación.

se pueden encontrar diversas críticas a dicha idea. Se ha sostenido, por poner algunos ejemplos, que la creatividad no tiene por qué ser concebida como un atributo excepcional (Boden, 2002), que lo que se considera valioso depende del contexto histórico y cultural (Amabile, 1983),² que para que una persona sea creativa tiene que interiorizarse con el dominio antes de poder hacer su contribución (Csikszentmihalyi, 2014), que existen formas de crear colectivamente —pensando en procesos en los que distintos individuos se involucran simultáneamente en una tarea creativa— (Glăveanu, 2011 y 2015), etc.. En este trabajo mostraré que la filosofía de Dennett provee razones adicionales para oponerse a la idea del genio creativo. Contar con una concepción de este tipo resulta valioso para avanzar con uno de los objetivos que tienen los estudios académicos sobre la creatividad: liberarse del halo romántico que encubre nuestras creencias en torno al fenómeno en cuestión y adoptar una visión de este compatible con algunas de las teorías científicas contemporáneas y los compromisos ontológicos que las acompañan (Boden, 2002; Simonton, 1999; Kronfeldner, 2009).

Durante por lo menos el último medio siglo, el filósofo estadounidense Daniel Dennett (1990a, 1990b, 1991, 1995a, 1995b, 1998, 2001, 2002 y 2017) ha realizado importantes contribuciones al proyecto filosófico naturalista de explicar el mundo que nos rodea de un modo concordante con lo que proponen las mejores teorías científicas contemporáneas. Su perspectiva es naturalista en, al menos, dos sentidos fundamentales: uno ontológico y otro epistemológico. Dennett es un naturalista en un sentido ontológico porque adopta la tesis según la cual se debe incluir en la ontología solo entidades naturales, en contraposición con hipotéticas entidades sobrenaturales o no naturales. A su vez, es un naturalista epistemológico porque nos ofrece un modo de entender la filosofía como una disciplina no apriorística que ha de trabajar de manera cooperativa con las ciencias particulares.

En el corazón de sus desarrollos filosóficos se encuentra una recepción cabal de la teoría darwiniana de la evolución de las especies, lo que constituye otra marca de su naturalismo. Desde su visión, nuestras

² Amabile (1983) demostró que los test psicométricos que pretendían medir la creatividad contenían a menudo una evaluación subjetiva implícita. Según Amabile, un producto será entendido como creativo solo en la medida en que lo determinen los expertos en la materia, cuyo juicio está condicionado cultural e históricamente.

explicaciones filosóficas acerca de fenómenos como la mente humana no han cumplido la exigencia de ser permeadas por este “ácido universal” que todo lo corroe (Dennett, 1995b). Dennett (1995b) introduce esta fantasía popular que refiere a la idea de un ácido tan corrosivo que atravesaría cualquier material y que, por ende, presentaría un dilema a la hora de decidir dónde guardarlo. De acuerdo con Dennett, la teoría de Darwin es semejante a un ácido universal en un sentido específico: el de transformar todos los conceptos tradicionales, dejando tras su paso una concepción del mundo completamente revolucionada. Como se puede ver en el fragmento citado como epígrafe, Dennett ha señalado que la creatividad humana no es una excepción: nuestras concepciones y teorías en torno a este fenómeno también se modifican de maneras cruciales cuando se desarrollan las consecuencias de adoptar las tesis de la teoría darwiniana. Sin embargo, Dennett no se ha dedicado a desarrollar en profundidad las consecuencias de adoptar una visión darwiniana para concebir este fenómeno en particular. Este es el paso teórico que querría dar aquí.

Este artículo está motivado por la idea de que algunas nociones filosóficas fundamentales sobre la mente humana y la evolución propuestas por Dennett constituyen un marco prometedor e innovador para concebir la creatividad humana. Mi objetivo es sistematizar, clarificar y enriquecer dos lineamientos centrales que debería adoptar un enfoque darwinista de la creatividad humana siguiendo el marco teórico filosófico planteado por Dennett. Según uno de estos lineamientos, la creatividad no es un fenómeno exclusiva ni primariamente mental. Según el otro, los procesos creativos son de diverso tipo, no necesariamente involucran comprensión y pueden operar en un nivel supraindividual.

En lo que respecta al marco teórico desarrollado por Dennett, en primera instancia me centraré en dos tesis defendidas por él y en ciertos compromisos filosóficos que las acompañan. Una de ellas versa sobre la mente humana y afirma que los estados mentales exhiben *intencionalidad derivada* (Dennett, 1995b y 1998). La otra, que trata sobre los procesos de creación, sostiene que no es necesario que exista un diseñador para producir un diseño (Dennett, 1995b). Se trata de dos tesis basadas en nociones que, según Dennett, estarían implicadas por la teoría de la evolución de las especies propuesta por Darwin (1964) y que se contraponen a una visión predarwiniana del mundo.

Con el propósito de ofrecer una presentación un tanto simplificada, pero que puede resultar esclarecedora, del cambio de concepción que

conlleven estas dos tesis que, de acuerdo con Dennett, se siguen de la teoría darwiniana, recuperaré dos ideas que son propias de la visión predarwiniana del mundo. Por una parte, de acuerdo con esta visión, la mente es un fenómeno excepcional, por lo que no parece ser parte del mundo natural. Antes bien, es la fuente última de los significados de todos los objetos culturales. Por otra parte, una de sus características distintivas es que es capaz de producir diseño: de ordenar la materia desordenada de modo tal que adquiriera una función. De hecho, pareciera que el único modo de producir diseño depende de la acción intencional de la mente.

Dennett ha señalado que Locke (1847) sintetizó estas tesis predarwinianas como ningún otro pensador. Bajo la forma de un argumento deductivo, Locke presentó la siguiente idea, que, a su parecer, todos damos por sentado: la mente y el diseño solo pueden venir de otra mente, por lo que en el origen de todo lo que hay debe haber una mente (cfr. Dennett, 1995b, pp. 26-28). Siguiendo los planteamientos de Dennett podemos vincular las dos tesis predarwinianas con una concepción tradicional de la comprensión de la siguiente manera. Por un lado, la capacidad de comprender parece ser el ingrediente extra que solo poseen las mentes y que no se encuentra en el mundo natural. Por otro lado, la capacidad de comprender es lo que permitiría a la mente producir diseños. Dennett (1995b y 2017) sugiere que, si bien Darwin brindó buenos motivos para abandonar estas ideas, estas siguen presentes, de maneras más o menos explícitas, en nuestras concepciones de sentido común y también en diferentes teorías filosóficas y científicas vinculadas a la mente humana.

Las tesis dennettianas que tomaré como punto de partida de este artículo pueden ser vistas como las dos caras de una misma moneda: una que versa sobre la mente y la otra sobre los procesos creativos. En primer lugar, Dennett ha defendido que la mente humana forma parte del mundo natural. Ha reconocido que los estados mentales tienen una característica bastante especial: pueden *ser acerca de* otra cosa. Esta característica ha recibido en filosofía de la mente el nombre técnico de “intencionalidad”.³ Ahora bien, la *intencionalidad* también es portada por fenómenos no mentales (pensemos, por ejemplo, en una frase, una señal

³ A lo largo de este artículo emplearé las bastardillas para señalar el uso técnico del término “intencional”, es decir, su acepción filosófica como la propiedad de *ser acerca de algo*. En cambio, cuando el término “intencional”

de tránsito, un dibujo). A diferencia de una gran cantidad de filósofos de la mente, Dennett (1998) ha sostenido que los estados mentales exhiben *intencionalidad* del mismo modo en el que lo hacen los fenómenos no mentales: en otros términos, que debería cuestionarse la distinción, aparentemente intuitiva, entre una forma de *intencionalidad* original —la de la mente humana— y la que es derivada —la de sus productos—. Así, con respecto a ese aspecto en particular, no habría motivos de peso para considerar que la mente constituye una excepción al mundo natural. En segundo lugar, la teoría de Darwin provee una alternativa a la explicación mentalista sobre el origen del diseño. En ese sentido, se puede entender que dicha teoría conduce a entender que la comprensión no es un ingrediente indispensable para producir cualquier tipo de diseño; antes bien, un mecanismo ciego y sin objetivos puede dar como resultado productos de gran complejidad y ajuste con su entorno. En suma, se trata de una visión según la cual no hay nada esencialmente misterioso en los procesos creativos humanos de producción de diseños. Antes bien, un proceso mecánico y sin mente, como el de la selección natural, puede dar lugar a diseños sumamente complejos.

En lo que sigue, voy a argumentar que estas dos tesis proporcionan un marco prometedor para abordar el fenómeno de la creatividad. El mismo Dennett también pareció entenderlo así, dado que ha señalado que es preciso modificar nuestra concepción de la creatividad en virtud de las implicancias de la teoría de Darwin (Dennett, 1995b, p. 63; 2001, pp. 16-17, 21 y 23; 2017, pp. 255, 286-287 y 290). Sin embargo, como señalé anteriormente, el investigador no desarrolló en profundidad qué implicaría exactamente este cambio de concepción. Ahora bien, algunas sugerencias dispersas, junto con otros elementos de su propuesta teórica general, permiten delimitar en qué consistiría un marco darwinista dennettiano para explicar la creatividad. Concretamente, defenderé que se trata de un marco pluralista —dado que incorpora procesos que operan en distintos niveles—, que incluye explicaciones que tienen en cuenta el carácter acumulativo del diseño y contempla que los procesos creativos son, en gran medida, colaborativos y no necesariamente involucran comprensión. Es decir, se trata de un enfoque que sostiene que la mente humana actuando de manera individual no detenta la potencia creativa que le asignaron los enfoques predarwinianos.

aparezca sin bastardillas, deberá entenderse en su sentido coloquial, como sinónimo de “deliberado”.

Las primeras dos secciones de este artículo estarán destinadas a una reconstrucción informada y selectiva de algunas tesis dennettianas y los compromisos filosóficos que las acompañan, que considero relevantes para la construcción de un enfoque darwinista para explicar la creatividad humana. En el primer apartado, expondré los compromisos filosóficos de Dennett (1978, 1995b y 1998) sobre la mente y la *intencionalidad*. En el segundo apartado, presentaré las ideas dennettianas según las cuales no todo diseño tiene diseñador y no toda competencia necesita estar guiada por la comprensión de lo que se está haciendo, ni de las razones para ello (Dennett, 1995b y 2017). En el tercer apartado, argumentaré que los compromisos desarrollados en los dos apartados previos conducen a objetar la idea de que los estados mentales de los creadores son un elemento crucial a la hora de explicar todo proceso de creación humana. Finalmente, en el cuarto apartado expondré qué elementos formarían parte de una concepción darwinista dennettiana de la creatividad; para lo cual retomaré las escasas sugerencias que Dennett (2001, 2017) ha realizado con respecto a cómo deberíamos modificar nuestra concepción de la creatividad y las pondré en vínculo con otros conceptos dennettianos sobre la mente y la evolución.

1. Dennett versus la excepcionalidad de los estados mentales intencionales

De acuerdo con Dennett (1971 y 1998), el contenido de los estados mentales se especifica mediante la adopción de una estrategia interpretativa que consiste en tratar a un sistema “como si tuviera creencias, objetivos y capacidades que se relacionan de forma sistemática” (Ross, 2000, p. 3; mi traducción). Esta estrategia interpretativa recibe el nombre de enfoque o *actitud intencional* y es uno de los conceptos nucleares de su teoría de los sistemas intencionales, presentada principalmente en las colecciones de ensayos *Brainstorms* (1978) y *La actitud intencional* (1998).

Para explicar mejor a qué hace referencia la *actitud intencional*, es relevante apuntar que Dennett propone distinguir entre tres enfoques o actitudes (*stances*):⁴ la actitud física, la del diseño y la *intencional*. Se trata

⁴ Como señala un revisor de este artículo, quizá la mejor forma de traducir el término *stance* en este contexto sería “perspectiva”. No obstante, las traducciones al español de los escritos de Daniel Dennett han optado generalmente por la palabra “actitud”. La traducción de Marc Figueras en Dennett (2017) constituye, en cierto modo, una excepción al introducir los

de estrategias de razonamiento que nos permiten hacer predicciones acerca de los sistemas que se pretende interpretar. De acuerdo con la teoría, adoptar la actitud física consiste en tratar al sistema cuyo “comportamiento” se quiere predecir en función de su constitución física y utilizar los conocimientos —científicos y/o *folk*— que tenemos acerca de cómo se comportan los objetos macroscópicos para realizar las predicciones correspondientes. Por su parte, la actitud del diseño no requiere tener conocimiento de la constitución física del sistema en cuestión. Antes bien, las interpretaciones se apoyan en la suposición de que las partes del sistema cuyo “comportamiento” se quiere predecir cumplen funciones que obedecen a un diseño satisfactorio. En otros términos, se trata de una actitud interpretativa que consiste en tratar al sistema en cuestión como una entidad diseñada. Por último, la actitud intencional es una estrategia que consiste en tratar al sistema cuyo comportamiento se quiere predecir como un agente racional con creencias, deseos y otros estados mentales dotados de *intencionalidad*. En términos de Dennett:

[...] primero, se decide tratar al objeto cuyo funcionamiento hay que predecir como un agente racional; luego se deduce qué creencias debería tener ese agente, dada su posición en el mundo y su objetivo. Más tarde se deduce qué deseos tendría que tener, siguiendo las mismas consideraciones, y por fin se predice que ese agente racional actuará para conseguir sus metas a la luz de sus creencias (1998, pp. 28-29).

Así, de acuerdo con esta propuesta, tener una creencia *P* no es nada más ni nada menos que ser un sistema *intencional* cuyo comportamiento resulta mejor explicado y predicho si se le atribuye dicha creencia.

Esta concepción de la *intencionalidad* implica que esta no depende de las propiedades intrínsecas del sistema nervioso de los seres humanos, sino de sus propiedades funcionales. Según esta teoría, los estados mentales serían simplemente aquellos estados que atribuimos a un agente con el objetivo de explicar su conducta. Esto implica que no hay algo más profundo ni misterioso más allá de los patrones que

términos “enfoque o actitud” como sinónimos funcionales. En este trabajo, privilegiaré la traducción más habitual (“actitud”), aun cuando ello implique sacrificar cierta precisión conceptual.

encontramos para explicar los comportamientos. De este modo, no hay diferencia posible entre un sistema que se comporta *aparentando* tener creencias y deseos y uno que tiene *verdaderamente* creencias y deseos, dado que tener creencias y deseos no es otra cosa que comportarse *como si* se los tuviera. En suma, la teoría sostiene que la postulación de creencias y deseos depende de la adopción de esta perspectiva interpretativa, que recibe el nombre de “actitud intencional”.⁵

De acuerdo con la teoría en cuestión, cuando se atribuye un estado mental, no hay *detrás* un hecho profundo que determine *realmente* de qué trata. Existen hechos que determinan los contenidos de los estados mentales, pero son múltiples y, además, se entiende que los contenidos de tales estados pueden ser, en algún punto de la interpretación, “simplemente indeterminados” (Dennett, 1998, p. 276).

Ahora bien, hay diferentes tipos de fenómenos que exhiben *intencionalidad*. Podemos mencionar, entre los más distintivos, a las cogniciones, las percepciones y las acciones. Pero, por otra parte, la *intencionalidad* también es una propiedad que podemos hallar en las afirmaciones, los símbolos públicos y artefactos como mapas o programas de computadora. Es decir, la *intencionalidad* es exhibida tanto por fenómenos mentales como por fenómenos no mentales. Según un enfoque clásico, el modo en el que los fenómenos mentales exhiben *intencionalidad* es diferente al modo en el que lo hacen los no mentales (Brentano, 2012). Mientras los primeros tendrían *intencionalidad* de manera original e intrínseca, los segundos tendrían *intencionalidad*

⁵ Dicha dependencia de la interpretación confiere un componente *antirrealista* a su teoría de los estados mentales. Ahora bien, Dennett ha señalado repetidas veces que su teoría no debe ser interpretada como una forma de instrumentalismo (cfr. Dennett, 1991 y 1998; Ross, 2000). De acuerdo con la postura de Dennett, las creencias, deseos e intenciones son algo que habita objetivamente el mundo en el que vivimos, como también lo hacen otras abstracciones. Al mismo tiempo, el éxito o fracaso de una atribución *intencional* es un hecho perfectamente objetivo. Efectivamente, esta estrategia interpretativa, que nos permite guiarnos en el mundo asumiendo que las personas tienen creencias y deseos, no es optativa, sino “una función de la manera en la cual la selección natural ha diseñado nuestros cerebros y nuestro sistema nervioso” (Ross, 2000, pp. 3-4; mi traducción). En rigor, en un artículo que intenta precisar estos matices acerca de los compromisos ontológicos de su propuesta, Dennett (1991) ha afirmado que su teoría podría ser clasificada como una variante de “realismo moderado”.

solo de modo derivado, heredándola de otro fenómeno que ya tenía originariamente esa propiedad. De este modo, se trazaría una distinción entre un tipo de *intencionalidad* que es considerada original y otra que es derivada.

Cuando se presenta esta distinción filosófica entre *intencionalidad* original y derivada, la mayoría de las personas la encuentra bastante intuitiva. Además, la distinción es respaldada por una gran cantidad de destacados filósofos de la mente, como Fodor, Searle, Dretske, Burge y Kripke (cfr. Dennett, 1998, pp. 254-284). Uno de los principales defensores de esta distinción es John Searle (1982, 1983 y 2004). En sus términos:

En lo concerniente a la mente también debemos distinguir entre intencionalidad original o intrínseca, por una parte, e intencionalidad derivada, por otra. Por ejemplo, en la cabeza tengo información sobre la manera de llegar a San José. Tengo un conjunto de creencias verdaderas acerca del camino a esa localidad. Esa información y esas creencias presentes en mí son ejemplos de intencionalidad original o intrínseca. El mapa frente a mí también contiene información sobre el modo de llegar a San José, así como ciertos símbolos y expresiones que se refieren a, versan sobre o representan ciudades, autopistas y cosas por el estilo. Pero si el mapa contiene intencionalidad en forma de información, referencialidad y representaciones, lo hace en un sentido derivado de la intencionalidad original de cartógrafos y usuarios. Intrínsecamente, el mapa es solo una lámina de fibra de celulosa con manchas de tinta. Cualquiera sea su intencionalidad, le es impuesta por la intencionalidad original de los seres humanos (Searle, 2004, p. 19).

Aunque en la teoría de Searle estén solapadas, Haugeland (1990) señala que en realidad es posible establecer, no uno, sino dos pares de distinciones que guardan vínculos entre sí: una entre la *intencionalidad* original y la derivada y otra entre la *intencionalidad* intrínseca y la relativa al observador.

Respecto a la primera distinción, podríamos formular la tesis de la *intencionalidad* original del siguiente modo: hay fenómenos *intencionales*

que lo son de modo original, a diferencia de otros que lo son de modo derivado. Como señalé, Searle sostiene que mientras que los fenómenos mentales exhiben *intencionalidad* original, los fenómenos intencionales no mentales —tales como un texto escrito, un mapa o un acto de habla— derivan su *intencionalidad* de la que es propia de los fenómenos mentales. Como expondré a continuación, Dennett sostiene, en cambio, que toda *intencionalidad* es derivada.

Por otra parte, se puede establecer también la distinción entre la *intencionalidad* intrínseca y la relativa a un observador. La diferencia que hay entre una propiedad que es relativa a un observador y una que es independiente de un observador es, por ejemplo, la diferencia que hay entre la masa y la composición química de una moneda (propiedades independientes del observador) y su valor monetario (propiedad dependiente del observador). Por otra parte, cuando una propiedad de un objeto es intrínseca, nos referimos a que es propia del objeto, como contrapuesta a relacional. Así, la distinción entre *intencionalidad* intrínseca y relativa a un observador se refiere a aquello en virtud de lo cual un fenómeno tiene *intencionalidad*. De acuerdo con Searle, las estructuras o estados mentales tienen *intencionalidad* intrínsecamente, como una consecuencia causal de las propiedades físicoquímicas del cerebro: así como otros tejidos tienen la propiedad de fotosintetizar, el cerebro tiene la propiedad de representar. Es decir que, según su teoría, “nuestros cerebros son capaces de causar fenómenos mentales con contenido semántico o *intencionalidad*” (Searle, 1982, p. 57; mi traducción). De acuerdo con esto, podemos decir que, según la tesis de la *intencionalidad* intrínseca, los fenómenos con contenido semántico exhiben dicha *intencionalidad* de manera intrínseca. En las antípodas de la posición intrinsecalista encontramos teorías como la de Dennett (1998), que sostiene que la *intencionalidad* es siempre relativa al observador.⁶

Si bien Searle es el representante más emblemático de la tesis de que, a diferencia de los fenómenos *intencionales* no mentales, los estados mentales exhiben *intencionalidad* intrínseca y original, esta postura es compartida por una gran cantidad de filósofos de la mente. Podríamos decir que, en este aspecto, todos los que la defienden comparten

⁶ Dennett no es el único en rebatir la distinción entre *intencionalidad* intrínseca y derivada. También se oponen a ella importantes filósofos, como Patricia y Paul Churchland, Davidson, Millikan, Rorty, Stalnaker, entre otros (cfr. Dennett, 1998, p. 261).

una perspectiva cartesiana de lo mental. Al emplear la expresión “perspectiva cartesiana” no me refiero a tesis o ideas expuestas por el propio Descartes, sino, como es usual en la literatura sobre estos temas, a un modelo del que pueden derivarse o inferirse otras tesis que resultan compatibles con él. En los términos de Haugeland, los cartesianos son los filósofos de la mente que sostienen que la *intencionalidad* original es la “provincia exclusiva de los estados mentales con contenido” (1990, p. 132; mi traducción).

Ahora bien, la concepción de la *intencionalidad* defendida por Daniel Dennett (1990a, 1990b, 1991, 1998 y 2002) pone en jaque ambas distinciones, en la medida en que sostiene que ningún fenómeno exhibe *intencionalidad* intrínseca ni original. Según Dennett, toda *intencionalidad* es derivada y relativa al observador.

Por lo general, las tesis de la *intencionalidad* original y la de la *intencionalidad* intrínseca “vienen juntas”, tanto para quienes las defienden como para quienes las niegan. De hecho, en los argumentos que elabora para rebatir estas distinciones, Dennett las reconstruye como si fueran una sola. Por su parte, cuando Searle hace referencia a la intencionalidad de los fenómenos mentales, también emplea los términos “intrínseca” y “original” de modo indistinto.

Tanto la perspectiva cartesiana como la dennettiana entienden que los fenómenos *intencionales* no mentales exhiben *intencionalidad* derivada y relativa al observador. La diferencia entre las posturas radica en que, para Dennett, la *intencionalidad* de los fenómenos mentales también posee estas características. Por eso, de acuerdo con su perspectiva, las distinciones no tienen fundamento: no existe algo así como la *intencionalidad* original e intrínseca. El principal argumento esgrimido por Dennett para rebatir estas distinciones es una especie de legítima inversión de la carga de la prueba. Dennett considera que en realidad no tenemos más motivos para sostener las distinciones en cuestión que nuestras arraigadas, pero no fundamentadas, creencias de sentido común acerca de la naturaleza de nuestra mente (cfr. Dennett, 1990b, p. 106).

En los distintos textos en los que aborda el tema, Dennett (1990b, 1995a, 1995b y 1998) recurre a un experimento mental o “bomba de intuición”⁷ que tiene como objeto mostrar que no tenemos buenas razones

⁷ Para un desarrollo sobre las “bombas de intuición” como un recurso específico y valioso para la filosofía, cfr. Dennett (2013).

para sostener que los seres humanos somos diferentes, en los aspectos relevantes, a robots a los que nos negamos a atribuir *intencionalidad* original. En el experimento mental, se imagina que alguien tiene el deseo de ver cómo es el mundo en el año 2401. Las tecnologías disponibles ofrecerían la posibilidad de congelar y mantener en estado comatoso a esa persona para que sea despertada en ese año. Se debería construir un robot encargado de conservar y cuidar el cuerpo. El robot debería ser resistente y autosustentable energéticamente, por lo que debería contar con dispositivos de transformación y aprovechamiento de la energía. También se debería proveer al robot de un medio de traslado que le permita encontrar nuevos lugares con provisiones energéticas y escapar de los peligros. Dado que la persona estaría incapacitada para tomar decisiones, el dispositivo debería contar con cierta capacidad de autocontrol, de manera tal que sea capaz de derivar metas subsidiarias vinculadas al objetivo final de preservar la vida de la persona, en función de los distintos contextos. El resultado del diseño sería un robot con cierto grado de autonomía que, mientras persigue el objetivo final de preservar el cuerpo que aloja, se verá involucrado en distintos proyectos (muchos de los cuales pueden terminar resultando contraproducentes para la persona que mandó construirlo). Sin embargo, nadie discutiría que este robot solo tendría *intencionalidad* derivada.

La conclusión a la que pretende llegar esta bomba de intuición es la siguiente: si entendemos que el robot solo posee *intencionalidad derivada*, lo mismo también deberíamos pensar de nuestra propia *intencionalidad*. Esto se justifica porque el experimento mental elaborado por Dennett es solo una versión con variaciones de la propuesta de Dawkins (1976), según la cual los diferentes organismos vivos de nuestro planeta (incluyendo a los seres humanos) son máquinas de supervivencia que fueron diseñadas para perpetuar la existencia de sus genes “egoístas”.⁸

Esto no implica que Dennett sostenga que nuestros estados mentales están al servicio de nuestros genes. Por el contrario, el desarrollo ontogenético, que implica la introducción a un lenguaje natural y a

⁸ Si bien Dennett desarrolla este argumento para asentar una posición con respecto al funcionamiento *actual* de la mente humana (como bien señaló uno de los revisores de este artículo), la apelación a los *orígenes* de esta resulta pertinente en la medida en que sus contrincantes estarían de acuerdo en atribuir *intencionalidad* derivada y relativa al observador a un artefacto en virtud de su origen, como muestra el experimento mental de la cápsula-robot.

una cultura, hace de los seres humanos sistemas muy diferentes a una máquina de preservación de genes. Dicho desarrollo los convierte en locus de autocontrol y autodeterminación, en virtud de una integración funcional con el ambiente. Así, aunque se reconozca que el origen de la *intencionalidad* humana guarda vínculo con los “intereses” de sus genes, esta ha adquirido autonomía. Ahora bien, si aceptamos esta manera de entender nuestra propia *intencionalidad*, lo mismo debería valer para un potencial robot que exhibiera todas estas características.⁹ En definitiva, lo que importa es que no parece haber buenos argumentos para sostener que hay una diferencia de carácter ontológico que distinga el modo en el que nuestros estados mentales son acerca de otra cosa, del modo en el que lo pueden ser fenómenos no mentales.

La idea de fondo que sustenta tanto este experimento mental como la posición de Dennett respecto de este tema es que si nos tomáramos en serio la teoría de la evolución darwiniana, deberíamos asumir que las mentes de los seres humanos no son más que el resultado de un proceso histórico que las fue moldeando de modo tal que sus mecanismos de entrada y salida de información fueron adquiriendo cada vez mayor complejidad, sin existir, por ende, un límite o instancia precisa a partir de los cuales se pueda afirmar algo como “aquí es donde milagrosamente aparece la mente”. En síntesis, para Dennett, el complejo equipamiento cognitivo de los humanos es el resultado de un proceso de diseño llevado a cabo por la evolución natural y cultural.¹⁰ Teniendo en cuenta

⁹ El corazón de esta cuestión no radica en la discusión de si algún robot efectivamente exhibe características funcionales de adecuación al entorno lo suficientemente complejas o parecidas a las humanas como para afirmar que poseen una *intencionalidad* similar (la respuesta a esto probablemente sea negativa). Antes bien, la discusión es si eso es imposible por una cuestión de principios. En las antípodas a la de Dennett encontramos posiciones como la de Searle (1983), para quien resultan irrelevantes las capacidades que pueda llegar a exhibir un robot: de cualquier manera, habrá una diferencia de naturaleza entre el tipo de *intencionalidad* que les atribuimos y la *intencionalidad* exhibida por las mentes humanas.

¹⁰ Si bien en este experimento mental —que recurre provocadoramente a la idea de Dawkins (1976) de los “genes egoístas”— el énfasis principal parece estar puesto en la evolución biológica, Dennett (1995a, 1995b, 2006 y 2017) argumenta en distintas oportunidades que la evolución cultural es igual de ineludible a la hora de explicar el origen de las mentes humanas.

esto, debemos sostener que la *intencionalidad* de los fenómenos mentales es derivada y relativa al observador.

He reconstruido las principales tesis de la teoría de lo mental de Dennett, a saber: (a) que poseer estados mentales no es nada más ni nada menos que ser un sistema intencional cuyo comportamiento resulta mejor explicado y predicho si se le atribuye dichos estados, y (b) que toda la *intencionalidad* —incluyendo la de las mentes humanas— es derivada y relativa al observador. En suma, se trata de una perspectiva en la cual no hay un fundamento que permita establecer una diferencia de carácter metafísico u ontológico entre las mentes humanas y el resto del mundo natural. En palabras de Clark, la *actitud intencional* dennettiana implica que “humanos, perros, insectos e incluso meros termostatos son todos capaces de creer y desear, fundamentalmente, en el mismo sentido teórico” (Clark, 2002, p. 187; mi traducción). Esta concepción sobre la mente humana y la *intencionalidad* constituye una parte importante del enfoque dennettiano desde el cual pretendo reconstruir y profundizar un abordaje darwinista para explicar la creatividad. La otra parte importante la constituyen las ideas dennettianas sobre la creación de diseños. A esto me abocaré en el siguiente apartado.

2. Diseños sin diseñador y competencia sin comprensión

De acuerdo con Sober (2004), lo que caracteriza a los llamados “argumentos del diseño” es que encuentran objetivos deliberados en la naturaleza. Concretamente, los argumentos del diseño biológico parten de observaciones sobre los organismos que habitan el planeta Tierra, señalan que exhiben un alto grado de ajuste con respecto a su entorno (dado que las características que les permiten sobrevivir y reproducirse son, en gran medida, complejas y delicadas) y concluyen que existe un diseñador que los ha creado.

Sober se pregunta si es legítimo deducir la existencia de un diseñador inteligente a partir de las características que se observan en un objeto. Responde que se puede construir un argumento deductivo válido. Una manera de formular dicho argumento es la siguiente:

- (1) Los elementos diseñados fueron causados por un diseñador.
- (2) Los organismos biológicos son elementos diseñados.

Entonces:

- (3) Los organismos biológicos fueron causados por un diseñador (Dios).

En esta reconstrucción se entiende que un diseñador es alguien inteligente que actúa de manera intencional en la producción del diseño en cuestión. Dada la forma lógica de este argumento, si las premisas son verdaderas, la conclusión es verdadera.

Ahora bien, en contra de una interpretación bastante extendida, según la cual la teoría de la evolución de Darwin permite rebatir la segunda premisa, que afirma que los organismos son elementos diseñados,¹¹ Dennett (1995b) ha sostenido que dicha teoría no rechaza esta premisa; en cambio, la da por sentada. En sus términos: “la clave para comprender la contribución de Darwin es la *concesión* de esa premisa del argumento del diseño” (Dennett, 1995b, p. 101). Más bien, la teoría de Darwin constituye, para Dennett, una objeción a la primera premisa, dado que explica cómo es posible que haya diseños sin diseñador: es posible gracias a la lenta y persistente acción de la selección natural.

Siguiendo a Darwin, Dennett señala que tratar a los organismos vivos como entidades diseñadas o diseños no supone un empleo metafórico del término “diseño”. Podemos sostener que, para Dennett, si resulta provechoso adoptar la *actitud del diseño* frente a un sistema para predecir el “comportamiento” de sus partes, dicho sistema *es un diseño*, como vimos al caracterizar la actitud del diseño en el apartado anterior. Los organismos biológicos cumplen esta condición. Como han constatado los naturalistas de siglos atrás y lo sigue haciendo la biología funcional, las características de los organismos vivos son como son por determinadas “razones”. Se podría objetar que, a diferencia de los diseños artificiales, en el caso de los productos evolutivos, esos motivos no fueron previamente representados en la mente de nadie. Con respecto a ello, Dennett (1990a) defiende que esto no hace ninguna diferencia. Desde su perspectiva, las “razones” surgieron antes de que surgieran las mentes capaces de identificarlas como tales (Dennett, 1995a y 2017). Para dar cuenta de este tipo de “razones”, Dennett acuña el concepto “razones de flotación libre” (*free-floating rationales*), que hace referencia, precisamente, a las razones por las cuales un sistema tiene determinadas

¹¹ Para un análisis profundo de esta cuestión, cfr. Ginnobili (2022).

características que le permiten funcionar adecuadamente o estar bien adaptado a su entorno, aunque no han sido representadas en ninguna mente (Dennett, 1998, pp. 211-253).

La idea de que la actitud del diseño puede ser aplicada tanto a artefactos como a organismos biológicos ha sido criticada desde distintos frentes.¹² En el marco de esta controversia, Dennett ha replicado a las objeciones de sus críticos y ha defendido que, en el campo de la biología funcional, aplicar razonamientos que suponen optimalidad (es decir, adoptar la actitud del diseño) suele conducir a resultados exitosos. A la vez, la teoría de la evolución darwiniana provee buenos fundamentos acerca de por qué esta actitud interpretativa funciona cuando se aplica a organismos vivos. En términos de Dennett: “la adopción de la perspectiva de la ingeniería en la biología no es solo ocasionalmente útil, no es solo una opción valiosa, sino el organizador obligatorio de todo el pensamiento darwiniano, y la fuente principal de su poder” (1995b, p. 187; mi traducción). Por todo esto es que resulta sensato sostener que “Darwin no acabó con la teleología, la naturalizó” (Dennett, 2017, p. 57).

He argumentado que, de acuerdo con Dennett, los organismos vivos son, estrictamente hablando, entidades diseñadas. Y que, por ende, la teoría de Darwin ha mostrado que es posible que existan diseños sin diseñador. Así, sería preciso señalar las diferencias entre el proceso evolutivo llevado a cabo por la acción de la selección natural y lo que habitualmente se entiende como la acción intencional de un diseñador. El motivo de esta diferencia es que la evolución por selección natural es, en última instancia, un proceso “ciego” y sin mente. Dennett sintetiza esta cuestión sosteniendo que se trata de un proceso algorítmico. Si bien esta caracterización ha resultado controvertida,¹³ lo relevante para

¹² Es célebre una objeción proveniente del campo de la biología planteada por Gould y Lewontin (1979), quienes han desarrollado un fuerte ataque a lo que denominan el pensamiento “panadaptacionista”. Dicho pensamiento estaría comprometido con la adopción de un único mecanismo explicativo (el cual supone la adopción de la actitud de diseño), que sería aplicable a todas las características de un organismo. De esta manera, dicho enfoque asumiría que todas las características de un organismo son adaptativas (mejoran su *fitness*) y procedería, según este supuesto, a preguntarse por las “razones de ser” de estas. Se puede ver la respuesta de Dennett a esta objeción en Dennett (1995b y 1998).

¹³ Dennett (1995b) ha sostenido que la selección natural es un proceso algorítmico dado que está constituido por un conjunto de instrucciones o reglas

el presente artículo es que, con ella, se pretende enfatizar que se trata de un proceso automático y recursivo: “primero construye una x , luego modifica los descendientes de x , luego modifica esas modificaciones, y luego modifica las modificaciones de las modificaciones” (Dennett, 1995b, p. 62; mi traducción). Así, si bien no hay un plan o una dirección predeterminada, la recursividad permite que se produzca un proceso de acumulación que da como resultado complejos y elaborados diseños. La “idea peligrosa de Darwin” es que el nivel algorítmico es el mejor nivel para explicar los ajustes de los seres vivos a su entorno. “Es difícil creer que algo tan mecánico y carente de mente como un algoritmo pueda producir cosas tan maravillosas” (Dennett, 1995b, p. 59).

Nótese que esta forma de definir el mecanismo de la selección natural es neutral con respecto al dominio. Es decir, la selección no necesariamente tiene que actuar sobre genes o sobre entidades biológicas. Por el contrario, siempre que se observa variación, reproducción diferencial y herencia, se entiende que está actuando la selección natural.¹⁴

En suma, la selección natural es un proceso que puede dar como resultado elementos con un alto grado de complejidad en su diseño,

ordenadas y finitas que permiten solucionar un problema, realizar un cómputo, o llevar a cabo otras tareas o actividades. La afirmación de que la selección natural es un proceso algorítmico ha sido discutida. Por ejemplo, Miłkowski (2009) argumenta que, dependiendo del concepto de “algoritmo” que se tome, se trata de una afirmación o bien falsa, o bien trivial. Para la presente investigación no resulta relevante si es adecuado sostener que la selección natural es un proceso algorítmico. En cambio, resultan relevantes las características de dicho proceso por las cuales Dennett sostiene que es algorítmico, a saber, el que se trate de un proceso ciego que garantiza determinados resultados en virtud de su recursividad.

¹⁴ Algunos investigadores, como Dawkins (1986) o Dennett (1995b y 2017), han sostenido que el mismo proceso de selección natural puede actuar en otros dominios, como la cultura, y que, por ende, se entiende *literalmente* que la selección natural es el proceso que actúa en la reproducción diferencial de ítems culturales. En cambio, otras teorías que aplican procesos de la misma naturaleza para el caso de la cultura hablan de una *analogía* con la selección natural. Así, utilizan la expresión “selección cultural” (Mesoudi, 2011) o alternativas que hacen referencia al tipo de proceso en términos más generales —por ejemplo, Campbell (1960) utiliza la expresión “variación ciega y retención selectiva” para referir a tales procesos—.

y que, sin embargo, es mecánico, no tiene objetivos ni una dirección determinada y es neutral con respecto al dominio. Por todo ello, Dennett sostiene que Darwin ha demostrado que puede haber diseño sin diseñador. A su parecer (Dennett, 1995b, 2001 y 2017), este componente de la teoría de Darwin ha propiciado “una extraña inversión del razonamiento”. A continuación, presentaré en qué consiste, de acuerdo con Dennett, la inversión del razonamiento darwiniana.

Para presentar las implicancias del pensamiento darwiniano, Dennett recurre a una cita de Robert Mackenzie Beverley, un crítico contemporáneo de Darwin. Al parecer, este fervoroso opositor al evolucionismo habría señalado como un gran defecto de la teoría que, según ella, “el artífice es la ignorancia absoluta [...] [;] para hacer una máquina perfecta y bella no es necesario saber cómo hacerla”, y que “Darwin parece creer que la Ignorancia Absoluta está plenamente capacitada para sustituir a la sabiduría absoluta en los logros de la habilidad creadora” (Beverley, 1868, citado por Dennett, 2017. p 59). Dennett considera que estas frases expresan de manera inmejorable los móviles que motivaban a Beverley a oponerse a la teoría darwiniana: dicha teoría implica que puede haber entidades diseñadas sin que exista una inteligencia que las haya creado. Desde su perspectiva, Beverley estaba legítimamente preocupado. Así, empleando sus mismos términos, Dennett señala que Darwin mostró que para hacer una máquina perfecta y bella no es necesario saber cómo hacerla (cfr. Dennett, 2017, p. 59). En esto consiste la inversión darwiniana del razonamiento. (Como se puede ver, es, de alguna manera, otra forma de presentar la “peligrosa idea de Darwin” según la cual el nivel algorítmico es el mejor a la hora de explicar los ajustes de los seres vivos a su entorno).

En *De las bacterias a Bach*, Dennett (2017) presenta la inversión del razonamiento de Darwin junto con otra idea que comparte una semejanza estructural con ella: la inversión del razonamiento de Turing.¹⁵ Como se

¹⁵ Como señala Schliesser (2018), Dennett (2017) refiere a ciertas implicancias de las teorías de Darwin y Turing, como “inversiones del razonamiento”. Sin embargo, en ningún momento explica qué significa esta expresión. Schliesser (2018) sostiene que, en ambos casos, las expresiones cubren dos conceptos relacionados por un parecido de familia. Dicho parecido de familia consiste en tener tres pasos cruciales. Estos pasos se podrían representar del siguiente modo: “(1) uno puede pensar que alguna propiedad/estructura/causa básica X es requerida para la explicación de las propiedades observadas Y,

sabe, Alan Turing es el creador de la llamada “máquina de Turing”: un modelo matemático computacional que define una máquina abstracta que manipula símbolos en una cinta de acuerdo con una tabla de reglas. Esta es la idea que permitió construir las computadoras modernas, por lo que Turing es considerado el padre de la informática. Ahora bien, antes de la aparición de las máquinas computadoras, ya existían personas computadoras, que efectuaban cálculos científicos y de ingeniería. Si bien estas personas conocían la aritmética y sabían lo que estaban haciendo, lo que Turing señaló es que ese conocimiento no era necesario para efectuar los cálculos. Turing mostró que es posible diseñar máquinas absolutamente ignorantes que —siguiendo instrucciones programadas de manera mecánica— realicen cálculos aritméticos perfectamente. Así, Turing mostró que “para ser una máquina de calcular perfecta y bella no es necesario saber aritmética” (Dennett, 2017, p. 60).

Ahora bien, ambas inversiones del razonamiento tienen en común el supuesto de que puede haber competencia sin comprensión:

Lo que Darwin y Turing concibieron fue la versión más radical de esta idea: toda la comprensión y la genialidad de este mundo surge, en último término, de competencias sin comprensión, que se van combinando a lo largo del tiempo y forman sistemas cada vez más competentes (y, por ende, también más capaces de comprender) (Dennett, 2017, p. 62).

Ya no resulta válido inferir que si hay competencia, entonces hay comprensión, que es algo que se suele dar por sentado,¹⁶ sino que se entiende que, en última instancia, la competencia ha dado lugar a la

(2) donde X exhibe (al menos) algo de inteligencia/mentalidad/intencionalidad y las Y típicamente no lo hacen, (3) pero, en realidad, las propiedades Y son necesarias para explicar X” (Schliesser, 2018, p. 3; mi traducción). Así, tanto la inversión del razonamiento de Turing como la inversión del razonamiento de Darwin se podrían reconstruir mediante un ajuste al esquema propuesto anteriormente.

¹⁶ Dennett (2017) también sostiene que la idea de que detrás de la competencia hay comprensión nos resulta tan intuitiva porque está presente en el *Umwelt* que la evolución ha diseñado como parte de nuestro equipamiento cognitivo, es decir, la adopción de la actitud intencional como una opción básica para lidiar con otros agentes.

comprensión. Así, “todo ser vivo —desde las bacterias hasta Bach— persiste y se reproduce a fuerza de trucos inteligentes” (De Sousa, 2018, p. 113; mi traducción), pero, en un comienzo, todos estos trucos se realizaban sin comprensión de ellos.

¿Qué está entendiendo Dennett por “comprensión”? Como se sabe, para Dennett, todos los seres vivos están diseñados de tal forma que tanto sus partes como sus comportamientos presentan rasgos de diseño: razones por las cuales son como son, que les permiten desempeñar exitosamente determinadas funciones. Ahora bien, existe un pequeño grupo dentro de estos seres vivos que es capaz de representarse dichas razones. Así, restringiéndonos a este contexto, la comprensión puede ser entendida como la capacidad de los organismos para representar (o incorporar con inteligencia de alguna otra forma) las motivaciones de sus diseños para la supervivencia (cfr. Dennett, 2017, p. 88). De este modo, la comprensión permite aplicar los aprendizajes obtenidos por la experiencia a nuevos temas y elementos (cfr. Dennett, 2017, p. 99). En contra de la idea tradicional de “comprensión”, Dennett ha argumentado que la capacidad de comprender debe ser entendida, como ocurre con la gran mayoría de los productos evolutivos, como una cuestión de grados y no “de todo o nada” (Dennett, 2017, p. 95).

En términos de Dennett (2017), de acuerdo con las inversiones del razonamiento llevadas a cabo por Darwin y Turing, se “derroca el punto de vista pre-darwiniano de la creación como un asunto de ‘al principio, la mente’ y lo sustituye por una perspectiva de ‘al final, la mente’ acerca de nuestra propia evolución, como diseñadores inteligentes que somos” (Dennett, 2017, p. 63). Esto quiere decir que las ideas de Darwin y Turing han servido para mostrar que no hay por qué asumir que la comprensión es una condición necesaria para la competencia. Antes bien, la comprensión es el resultado de una gran cantidad de competencia acumulada. A partir de lo expuesto podemos sostener que, según el naturalismo evolucionista de Dennett, la mente y la comprensión no son la fuente de todo diseño, sino productos recientes de mucho diseño acumulado.

En este apartado he reconstruido algunas nociones básicas del darwinismo dennettiano, fundamentalmente las ideas, con fuertes vínculos entre sí, de que es posible que existan diseños sin diseñador y que algunas competencias complejas no precisan comprensión. Por ejemplo, no necesariamente requieren comprensión ni la competencia involucrada en el diseño de algo nuevo, complejo y funcional (inversión

del razonamiento de Darwin) ni la competencia involucrada en la realización de operaciones aritméticas (inversión del razonamiento de Turing). De acuerdo con Dennett, estas ideas se derivan de la teoría de la evolución de Darwin y también de los aportes de Turing, pero van a contramano de nuestras asunciones de sentido común e, incluso, de algunos supuestos que están presentes en teorías científicas y filosóficas.

Si estas ideas del darwinismo dennettiano resultan controvertidas es porque tenemos incorporado de forma acrítica un supuesto como el siguiente: si observamos un producto que ostenta un alto grado de complejidad en su diseño, asumimos que el proceso que llevó a su producción tuvo determinadas características. Específicamente, asumimos que se trata de un proceso llevado a cabo por un agente intencional, actuando de modo inteligente o exhibiendo comprensión en las diferentes etapas de su concepción y ejecución. De hecho, ese es el supuesto del que se sirve el argumento del diseño.

He presentado el argumento del diseño biológico. Sin embargo, considero que también se podría construir un argumento similar para el ámbito de la cultura modificando la segunda premisa del siguiente modo:

- (1) Los elementos diseñados fueron causados por un diseñador.
- (2) Los ítems culturales (artefactos, teorías, costumbres, etc.) son elementos diseñados.

Entonces:

- (3) Los ítems culturales fueron causados por un diseñador.

Como señalé anteriormente, según Dennett, el pensamiento darwiniano rebate la primera premisa del argumento del diseño biológico, que está presente también en esta versión culturalista. Por ende, esta versión del argumento también se encontraría en problemas.

Ahora bien, aunque el argumento del diseño ha sido cuestionado para el caso del mundo natural, sigue operando, en gran medida, para el ámbito de la cultura. Así, cuando nos encontramos frente a un producto cultural que consideramos novedoso y con un complejo diseño que lo hace valioso o útil, solemos inferir que el proceso que lo generó estuvo

guiado por acciones que fueron llevadas a cabo de manera intencional por un sujeto inteligente. Entiendo que la perspectiva dennettiana ofrece un enfoque que permite rebatir esta visión desde un ángulo novedoso. Profundizaré esta idea en los siguientes apartados.

3. Estados mentales y creatividad

En el primer apartado he expuesto la concepción de la *intencionalidad* de Dennett, según la cual no hay una diferencia de naturaleza entre el carácter *intencional* de los fenómenos mentales y no mentales. De acuerdo con dicha concepción, la mente no puede ser considerada excepcional, al menos en ese sentido específico. En el segundo apartado he expuesto los argumentos de Dennett de acuerdo con los cuales es posible y esperable que algunos procesos que poseen características como las de ser mecánicos, no exhibir comprensión ni estar mediados por objetivos pueden dar como resultado diseños complejos. En otros términos, no todo diseño tiene un diseñador. Esto también implica que no toda competencia requiere comprensión. Considero que si juntamos estos elementos obtenemos un marco propicio para sostener que ni los procesos mentales ni las intenciones y la comprensión tienen por qué ser considerados como elementos centrales en todos los procesos creativos.

En contraposición con la perspectiva dennettiana que vengo exponiendo, desde una concepción predarwiniana o cartesiana¹⁷ de lo mental resultaría sensata la idea de que los estados mentales del creador son cruciales para la explicación de los procesos creativos. Según una concepción predarwiniana o cartesiana, siempre que hay diseño hay una mente detrás, dado que solo las mentes pueden propiciar determinado ordenamiento de la materia orientándola a fines. Esto sería así porque solo la mente, a diferencia del resto de los fenómenos de la naturaleza, es considerada capaz de exhibir comprensión. En ese sentido, estos puntos de vista tradicionales confieren un carácter excepcional a lo mental (otros sistemas, como un algoritmo computacional, pueden *aparentar* comprender, pero no pueden comprender *realmente*). A su vez, esta idea se sustenta, en última instancia, en la tesis de que la *intencionalidad* exhibida por las mentes es de una naturaleza diferente: es intrínseca y original.

¹⁷ Si bien los términos “predarwiniano” y “cartesiano” no son equivalentes, guardan entre sí importantes puntos de contacto; lo que pretendo argumentar en este párrafo aplica a ambos términos por igual.

Ahora bien, una vez que la concepción dennettiana de la *intencionalidad* y de la creación de diseños nos obliga a tirar por la borda estas nociones predarwinianas y cartesianas, debemos objetar la idea de que los estados mentales del creador juegan siempre un rol decisivo en los procesos creativos.

Este razonamiento debería afectar fuertemente a distintas teorías de la creatividad que, de formas más o menos explícitas, se comprometen con la tesis de que los estados mentales de los creadores desempeñan un rol explicativo central en la génesis de los procesos creativos. El caso en el que esto ocurre de modo más explícito es la concepción intencionalista de Gaut (2010; Gaut y Livingston, 2003). Como señalé en la introducción, de acuerdo con la definición estándar de la creatividad, un producto creativo debe ser original y valioso. De acuerdo con Gaut, estos requisitos no son suficientes para que un resultado sea considerado creativo. En cambio, es necesario incluir de alguna manera la dimensión de la agencia intencional involucrada en el proceso que llevó al resultado. De acuerdo con su visión, además de original y valiosa, una idea o artefacto creativo debe ser el resultado de un proceso llevado a cabo por un agente que actúa intencionalmente.

Gaut (2010) argumenta que, si no agregamos el tercer requisito, tendremos que considerar como procesos creativos algunos que claramente no merecen tal atributo. Es decir, tendremos un problema de sobreatribución. Propone que pensemos, por ejemplo, en un diamante. Se trata de un producto que puede ser original en su forma y es sin dudas valioso. Gaut sostiene que, de acuerdo con la definición estándar de la creatividad, el movimiento de las placas tectónicas que da como resultado a ese diamante debería ser considerado creativo y que eso no tiene sentido.

Considero que al argumento de Gaut se puede responder señalando que la reconstrucción de la definición estándar que supone es inadecuada. Cuando dicha definición sostiene que un producto creativo, además de ser original, debe ser “valioso”, se utiliza ese término para intentar abarcar los distintos sentidos según los cuales una nueva contribución puede resultar interesante en el dominio en el que se inserta.¹⁸ El tipo

¹⁸ Es por ello que, como bien señala un revisor de este artículo, el término empleado por Runco y Jaeger (2012), “eficacia”, resulta más adecuado para referir a la segunda dimensión capturada por la definición estándar de la creatividad, en comparación con “valor”. Sin embargo, he decidido conservar

de valor adquirirá una forma diferente en virtud de que se trate de una teoría científica, de una contribución artística o de un artefacto tecnológico (Simonton, 1999). En ninguno de estos sentidos se podría decir que un diamante es valioso, más allá de que tenga un enorme valor comercial.

Ahora bien, más allá del argumento de Gaut en particular, muchas teorías de la creatividad parten de la idea de que lo que hay que explicar es cómo determinados individuos excepcionales fueron atravesados por el rayo de la iluminación para llevar a cabo descubrimientos extraordinarios. Por ello, los casos y ejemplos que se consideran son historias sobre un químico que se queda dormido frente al fuego, un físico a quien le cae una manzana en la cabeza, un poeta que tiene un sueño demasiado vívido en el que lo visitan las musas, en lugar de relatar la historia de necesidades, accidentes y acumulación gradual de diseño que hay detrás de cualquier producto cultural. En clara contraposición con estos enfoques tradicionales, Dennett nos brinda buenas razones para considerar que los estados mentales de un individuo (los deseos, las intenciones, las creencias) no necesariamente son un componente central al que debemos atender para considerar al resultado creativo como tal. Una vez que se deja de lado la suposición de que lo son, es posible modificar nuestra concepción del siguiente modo: incluyendo también a los procesos de acumulación transgeneracional dentro del conjunto de procesos de la creatividad humana que debería considerar cualquier explicación completa sobre el fenómeno.

En suma, en este apartado he defendido que una consecuencia de adoptar una concepción dennettiana de la mente y el diseño es que ya no se considera que los estados mentales desempeñan siempre un rol decisivo en los procesos creativos. Desde una visión predarwiniana o cartesiana, cabe esperar que los estados mentales, considerados tanto excepcionales como la fuente de todo diseño, ocupen un rol central, como componentes indispensables, en toda explicación de los procesos creativos. Desde una visión dennettiana, este papel es rebatible principalmente por dos motivos. Por una parte, porque para Dennett, toda *intencionalidad* es derivada y, por ende, los estados mentales ya no poseen un rasgo distintivo —la intencionalidad original— ausente

en general la formulación de “originalidad y valor” porque es la que prevalece en la literatura sobre creatividad y porque es la que retoma Gaut para elaborar el argumento que aquí pretendo contradecir.

en el resto del mundo natural. Luego, se desdibujan los motivos para pensar que, si algo novedoso y valioso empieza a existir en el mundo, los estados mentales *intencionales* deben desempeñar un rol ineludible e irremplazable en su génesis. Por la otra, porque, de acuerdo con Dennett, existen procesos no mentales (que, por ende, no podrían exhibir comprensión) que pueden dar resultados originales y novedosos.

Hasta el momento he llegado a una conclusión que se puede considerar negativa o crítica: el marco darwinista dennettiano conduce a rechazar la idea de que los estados mentales de los creadores son un elemento crucial a la hora de explicar todos los procesos de creación humana. En el siguiente apartado intentaré formular de manera propositiva qué elementos formarían parte de una concepción dennettiana de la creatividad.

4. ¿Cómo entender la creatividad desde una perspectiva darwinista dennettiana?

En un artículo cuyo título se podría traducir como “En la estela de Darwin, ¿dónde estoy?”, Dennett (2001) sostuvo que la teoría darwiniana debería haber cambiado nuestro modo de concebir la creatividad. Así, señala que habría que elaborar una concepción darwiniana de la creatividad. En sus términos, se trataría de una concepción según la cual “todas las obras del genio humano pueden ser entendidas, a fin de cuentas, como productos generados mecánicamente por una cascada de algoritmos de generación y testeo” (Dennett, 2001, p. 14; mi traducción). Sin embargo, como señalé anteriormente, Dennett no profundiza en el cambio de concepción que supone este enfoque.¹⁹ Para responder a la pregunta de qué ocurre cuando el “ácido universal” darwiniano entra en contacto con la creatividad, a lo largo de este apartado me apoyaré en las escasas y aisladas consideraciones que Dennett ha realizado con

¹⁹ A decir verdad, el artículo explora las consecuencias que tendría una concepción darwiniana de la creatividad (descrita en los términos recién expuestos), centrándose en sus implicancias en torno a la disolución de la noción de “autoría”, lo que, a su vez, pondría en jaque nuestra concepción del “yo”. Además, explora las consecuencias de adoptar una concepción darwiniana a la hora de evaluar si un algoritmo como el de un programa informático puede desempeñarse creativamente. Con respecto a esto, señala que no tenemos buenos motivos para sostener que un programa informático no puede ser considerado creativo.

respecto a la creatividad y las analizaré a la luz de otros elementos de su pensamiento filosófico.

Dos nociones dennettianas resultan centrales para elaborar este enfoque. Se trata de las nociones metafóricas de “grúa” y “gancho celeste”, postuladas con el fin de diferenciar aquellas explicaciones que son, al menos en algunos aspectos, consecuentes con una perspectiva evolutiva darwiniana, de otras explicaciones que no lo son. Para referir a las segundas, Dennett apela a un término folklórico en inglés: *skyhook*, que podríamos traducir como “gancho celeste”. En el campo de la aeronáutica, dicho término se refiere a un invento imaginario que permitiría mantener suspendido un objeto en el cielo (Dennett, 1995b).²⁰

En el contexto de los debates sobre las explicaciones evolucionistas de la mente, la sugerencia de Dennett es que la apelación a una suerte de gancho celeste para explicar algún fenómeno complejo implica renunciar al intento de elaborar una explicación naturalista. Así, cualquier intento serio de explicar un fenómeno natural debería recurrir, en cambio, a las “grúas”. Dennett introduce este segundo concepto metafórico, dándole un significado opuesto al anterior, para referir a las explicaciones que consiguen dar cuenta de fenómenos de alta complejidad (y que en ese sentido pueden entenderse como “elevados”) apelando exclusivamente a los mecanismos no inteligentes de los procesos de la evolución natural. Las grúas apelan a mecanismos evolutivos en los que la acumulación de los procesos de diseño da cuenta de ciertos resultados más complejos, constituyendo, en definitiva, formas de “aumentar” localmente el poder del proceso de selección natural. En suma, por medio de estas metáforas, Dennett ha propuesto abogar por un tipo de abordaje que permita explicar una variedad de fenómenos altamente complejos sin presuponer un principio explicativo superior en el origen.

Empleando el contraste entre estos dos conceptos, la creatividad humana podría entenderse como una grúa y no como un gancho

²⁰ Dennett señala que el origen del término puede tener que ver con la idea del *deus ex machina* de los antiguos dramaturgos griegos: un dios que interviene sobre el final de una tragedia griega y que resuelve de forma sobrenatural un problema que parecía sin salida. Así, el término en aquel contexto sugiere que emplear un “gancho celeste” es introducir un elemento externo para resolver un problema de la historia, que, a su vez, colisiona con la propia lógica interna de esta. Se trata entonces de una especie de solución externa y, de algún modo, superior.

celeste. En contraposición con este enfoque darwiniano, una perspectiva cartesiana de la creatividad asumiría que “siempre se necesita una cosa inteligente, grande y sofisticada para crear una de menor valor” (Dennett, 2001, p. 14; mi traducción).

En Dennett (2017) se hace referencia, bajo un nuevo nombre, a estas dos formas de aproximarse al fenómeno de la creatividad. Ahí Dennett contrapone una teoría de la creación *por burbujeo* (darwiniana) y una teoría de la creación *por goteo* (*trickle-down*) (cartesiana). Como las metáforas sugieren, mientras que la creación por burbujeo es, en última instancia, un fenómeno que se puede explicar “de abajo arriba”, la creación por goteo opera “de arriba abajo”. Se trata de nuevos términos que hacen referencia a la misma idea que venimos examinando.

En suma, un enfoque darwiniano de la creatividad es aquel que es compatible con la idea de que todos los diseños son, en último término,²¹ el resultado de una actividad mecánica no inteligente y sin objetivos. Para entender los alcances de esta afirmación, la siguiente cita puede resultar iluminadora. De acuerdo con Dennett:

Si los mecanismos darwinianos pueden explicar la existencia de una alondra, en todo su esplendor, pueden seguramente explicar la existencia de una oda para un ruiseñor, también. Un poema es una cosa maravillosa,

²¹ Hay cierta ambigüedad en este señalamiento. Cuando Dennett afirma que todos los diseños son, en última instancia, producto de una actividad mecánica y sin objetivos, ¿está señalando, sencillamente, que el *origen* último de todos los fenómenos vinculados a la vida en la Tierra se debe a la acción de la selección natural? Si así fuera, se trataría de una tesis nada controvertida para cualquiera que crea que la teoría de la evolución darwiniana es, en lo fundamental, correcta. De hecho, podría pensarse que la evolución darwiniana dio origen a nuestras mentes, que son una grúa completamente inteligente, que procede de arriba abajo, con un grado de comprensión altísimo (ya veremos que Dennett no niega que exista un modo humano inteligente de diseñar, distinto al darwiniano). Según este razonamiento, el enfoque darwiniano no entraría en conflicto con una concepción de la creatividad según la cual los procesos creativos estarían guiados por planes inteligentes y serían, en última instancia, explicados por las habilidades cognitivas individuales. Sin embargo, Dennett parece extraer otras implicancias de la tesis del origen darwiniano de la mente humana: implicancias que deberían alterar nuestra comprensión sobre el modo humano de diseñar. Ahondaré en este punto a continuación.

pero no claramente más maravillosa que una alondra viva, cantando (2001, p. 15; mi traducción).

Con esta frase, se nos invita a reflexionar sobre el hecho de que no hay nada esencialmente misterioso en los diseños producidos por los seres humanos. Antes bien, un proceso ciego y sin objetivos, como el producido por la selección natural, puede dar lugar a diseños incluso más complejos y maravillosos. Esto debería modificar la manera en la que solemos concebir la creación humana. No sería necesario recurrir a un gancho celeste cuando una torre de grúas montadas en cadena puede producir el mismo resultado.

Ahora bien, es menester señalar que la propuesta de Dennett, según la cual la teoría de Darwin debería hacernos “invertir” nuestra forma de concebir la creación, no implica un completo abandono de la idea de “diseño inteligente humano” en su acepción tradicional. Así, la concepción dennettiana de la mente humana reconoce que existe una diferencia entre el modo darwiniano de diseñar y el modo inteligente de diseñar. El diseño inteligente comienza con un problema u objetivo y trabaja “de arriba abajo”. Por su parte, el diseño por selección natural, o evolución, es un proceso que carece de objetivos y procede “de abajo arriba”, conservando lo no perjudicial, de manera miope y sin dirección. De este modo, mientras que el diseño por selección natural implica competencia sin comprensión y razones de flotación libre, el diseño inteligente tiende a involucrar algún tipo de comprensión y representación de las razones por las cuales el producto diseñado es del modo que es.

Ahora bien, si en última instancia la perspectiva dennettiana de la mente humana no niega que exista un modo de diseñar inteligente, que procede “de arriba abajo” y que involucra comprensión, ¿por qué habría de pensarse que dicha perspectiva implica un cambio en la concepción de la creatividad? En otros términos, ¿qué implicancias tendría concebir al modo de crear humano, incluso cuando involucra comprensión, como una grúa? Considero que concebir la capacidad creativa humana inteligente como una grúa tiene implicancias de dos tipos: por una parte, con respecto al origen que debe atribuírsele y, por la otra, con respecto a cuán ubicua debe entenderse que es (es decir, con respecto a su alcance).

Con respecto a su origen, Dennett propone que la cultura humana y el diseño inteligente son, por supuesto, el resultado del proceso de evolución por selección natural. Ahora bien, eso no significa que

necesariamente sean completamente darwinianos en su naturaleza. En sus términos:

Mi proposición es que la cultura humana se inició como un fenómeno profundamente darwiniano, con competencias sin comprensión que generaban diversas estructuras valiosas de modo parecido a como las termitas producen sus castillos, y luego, poco a poco, se desdarwinizó, aumentando su comprensión y su capacidad de organización de arriba abajo, aumentando su eficiencia para buscar por el espacio de diseño (Dennett, 2017, p. 138).

Para exponer esta idea, Dennett recurre a la noción de “espacios darwinianos”, propuesta por Godfrey-Smith (2009). Dicha noción permite pensar que el hecho de que un fenómeno sea darwiniano o no no es una cuestión “de todo o nada”.²² Así, por ejemplo, un proceso darwiniano “paradigmático” es uno en el que la variación es completamente aleatoria, la fidelidad de las copias que se producen es bastante alta y no se encuentra control “de arriba abajo” ni comprensión alguna. Un proceso de este tipo es el que ha dado lugar, por ejemplo, a la forma como las termitas construyen castillos. Según Dennett, los orígenes del lenguaje humano también habrían tenido lugar gracias a un proceso de este tipo, debido a la selección natural operando sobre las palabras. Ahora bien, a lo largo de miles de años, la cultura humana fue permitiendo incorporar búsquedas más direccionadas, mayor control “de arriba abajo” y una mayor cantidad de comprensión (cfr.

²² Para defender su propuesta, Godfrey-Smith (2009) elabora representaciones tridimensionales que permitirían visualizar dónde se ubica un proceso que produce cambio. La representación consiste en un cubo en el que una de las aristas es el lugar que ocupan los procesos paradigmáticamente darwinianos y la arista que se encuentra más lejos de ella, los procesos que no son darwinianos. Cada una de las tres dimensiones representa una variable, por ejemplo, la fidelidad de las copias que se producen en el proceso en cuestión. En la arista darwiniana encontramos los procesos que tienen copias de muy alta fidelidad, mientras que en el sentido opuesto se encuentran aquellos en los que el “ruido” del copiado es muy grande. Estas representaciones permiten incluir tres de estas variables por vez y ubicar, según esos criterios, a distintos procesos que pueden ser puramente darwinianos, cuasidarwinianos, protodarwinianos, o no ser darwinianos en absoluto.

Dennett, 2017, p. 254). Así, en la actualidad existirían formas del diseño inteligente que proceden de un modo completamente diferente al modo en el que lo hace el proceso ciego y sin objetivos de la evolución por selección natural.

Si esto fuera lo único que puede decir la perspectiva dennettiana de la mente sobre el modo inteligente de diseñar, dicha perspectiva no implicaría un cambio tan radical con respecto a nuestra comprensión clásica de la creatividad. Sin embargo, la perspectiva dennettiana permite, además, ubicar esta forma de crear diseño “de arriba abajo” como una más entre otras y sostener que, de hecho, es un fenómeno mucho más restringido de lo que creemos. En palabras de Dennett:

El diseño inteligente de arriba a abajo funciona [...]. Antes de Darwin se consideraba la única manera de lograr un diseño; el diseño sin un diseñador inteligente se juzgaba imposible. Pero resulta que este diseño de arriba abajo, en realidad, *es el responsable de mucho menos diseño en el mundo de lo que se suele creer*, y para algunos de los “logros de la habilidad creadora”, repitiendo una vez más las palabras de Beverley, este enfoque ha resultado inútil (2017, p. 77; mi énfasis).

Así, el diseño inteligente “de arriba abajo” es solamente uno de los modos de producir diseño, entre otros. Además del diseño inteligente “de arriba abajo”, otro de los mecanismos centrales en la producción de diseños presente en la cultura humana lo constituye la evolución cultural (Dennett, 1991^a y 2017).²³

El de la evolución cultural es un campo científico creciente que intenta proveer una explicación naturalista y cuantitativa del cambio cultural, tanto en especies humanas como no humanas (Mesoudi, 2011). Si bien es un campo compuesto por teorías que guardan diferencias entre sí, en general sostienen que los cambios en la cultura (es decir, en las creencias, los conocimientos, la tecnología, las lenguas, las instituciones

²³ En esta enumeración de diferentes modos de producir diseños también se podría agregar a la selección natural de genes que opera en la evolución biológica, de la que he hablado anteriormente. Sin embargo, no se incluye en este párrafo porque este está dedicado específicamente a la producción de diseños en la cultura humana.

sociales, etc.) se pueden explicar por principios darwinianos (Acerbi y Mesoudi, 2015).

En términos generales, todas estas teorías caracterizan a la cultura como información que se transmite por aprendizaje social (Mesoudi, 2011; Richerson y Boyd, 2005; Sperber, 1996). Es decir, se trata de información con la que los organismos cuentan para adaptarse a su medio, pero que no ha sido heredada biológicamente (genética o epigenéticamente), ni se ha adquirido por aprendizaje individual. Así, es un campo de estudio que pretende explicar parte del comportamiento humano que no se podía explicar apelando a diferencias genéticas ni ambientales (Richerson y Boyd, 2005).

Las unidades informacionales reciben distintos nombres de acuerdo con las teorías: variantes culturales, ítems culturales, rasgos culturales, memes. Este último es el término acuñado por la teoría memética, fundada por Dawkins (1976) y defendida por el mismo Dennett (1995a, 1995b y 2017), entre otros. De acuerdo con la memética, la cultura evoluciona por selección natural de memes. Si bien ha sido objeto de diferentes críticas, Dennett (2017) realiza una consistente defensa de la memética, sosteniendo que es altamente compatible con la gran mayoría de teorías de la evolución cultural.

Las diferentes teorías de evolución cultural explican cómo esta información se produce, se transmite, se expande o desaparece. Pero también entienden que dicha información es el producto de los procesos evolutivo-culturales (Sterelny, 2006; Dennett, 1995b y 2017; Mesoudi, 2011). En otros términos, sin la acumulación transgeneracional, esos cuerpos de información no existirían: se trata de resultados que no podrían haber sido inventados por una persona. Antes bien, son descubrimientos, algunas veces buscados intencionalmente, otras veces más azarosos, que las diferentes comunidades a lo largo de la historia han considerado importantes y han decidido conservar. Sin la lenta pero persistente acción de la preservación y la acumulación de diseño que ocurre a lo largo de las generaciones, estos ítems culturales no serían posibles.

Así, pareciera que las teorías de evolución cultural y las teorías de la creatividad podrían establecer vínculos virtuosos entre sí. De acuerdo con esta visión, los procesos presentes en la evolución cultural son relevantes para entender el surgimiento de productos creativos.

Sin embargo, de hecho las teorías de la creatividad y de la evolución cultural entran en contacto solo excepcionalmente (Fogarty *et al.*, 2015).²⁴

Recapitulando, en lo que respecta a las creaciones humanas, podemos tomar en consideración al menos dos tipos de procesos de diseño: el de la evolución cultural y el del diseño inteligente (el hecho de que se puedan distinguir analíticamente e identificar casos más paradigmáticos de cada tipo de proceso no significa que no operen de manera combinada e híbrida). Estos dos tipos de procesos de diseño actúan a distintos niveles. Así, una explicación que apele a un proceso de diseño inteligente, de “arriba abajo”, tomará como punto de partida, presumiblemente, el *nivel personal* (Dennett, 2002) y las habilidades cognitivas individuales. En cambio, una explicación que apele a procesos de evolución cultural hará referencia al nivel sociocultural o supraindividual y tendrá en cuenta habilidades cognitivas y no cognitivas. En términos de biología evolutiva, deberemos decir que tendrá en cuenta el nivel de las comunidades o poblaciones (Sober, 2006; Baravalle, 2017). De este modo, podemos sostener que un enfoque dennettiano darwiniano de la creatividad es de carácter pluralista en la medida en que apele a procesos que operan en diferentes niveles y son de diverso tipo.

De esta manera, la perspectiva dennettiana permite sostener que existen diferentes maneras de diseñar, algunas más darwinianas que otras. El diseño humano inteligente, que involucra comprensión, es el resultado de incontables herramientas cognitivas construidas por la acción de la selección natural y cultural y, por otra parte, es un fenómeno mucho más restringido de lo que solemos asumir.

Alguien podría pensar que esta concepción pluralista no tiene muchas implicancias para una teoría de la creatividad humana, dado que esta debería encargarse, precisamente, de los procesos de diseño inteligente “de arriba abajo”, por más restringido que sea su alcance. Sin embargo, la perspectiva de Dennett sobre la mente humana y los diseños expuesta en los apartados anteriores —según la cual no existen diferencias entre el modo en el que exhiben *intencionalidad* los fenómenos mentales y los no mentales y según la cual un diseño lo es con independencia de que las razones de su estructura hayan sido o

²⁴ En León (2023) se puede encontrar un desarrollo más elaborado de cómo se podría entender la idea de que los procesos de evolución cultural pueden desempeñar un papel crucial en algunos procesos de creatividad humana, incluyendo algunos casos de análisis que pueden resultar ilustrativos.

no representadas en la mente de alguien— brinda un marco desde el cual se puede objetar la idea de que algunas formas de producir diseño son más relevantes para la creación humana que otras. Así, considero que, desde una perspectiva dennettiana, un abordaje de la creatividad humana debería encargarse de las diversas formas de producir diseño presentes en la cultura humana. Esto implicaría prestar atención a un espacio hasta ahora inexplorado: el lugar que los procesos evolutivo-culturales han desempeñado en la creación humana.

Conclusiones

En este artículo he analizado qué ocurre cuando el “ácido universal” darwiniano entra en contacto con la creatividad humana. En otros términos, he desarrollado algunos lineamientos para la elaboración de un enfoque darwinista dennettiano de la creatividad humana.

En los primeros dos apartados he presentado algunas tesis y argumentos elaborados por Dennett con respecto a la mente humana y la producción de diseños, que consideré que tendrían efectos en la concepción de la creatividad. Concretamente, en el primer apartado presenté la concepción dennettiana de la mente humana y de la *intencionalidad*. Sostuve que, de acuerdo con Dennett, no existe una distinción entre la *intencionalidad* original e intrínseca (asignada a los estados mentales) y la *intencionalidad* derivada y relativa al observador. Antes bien, toda *intencionalidad* es derivada y relativa al observador. En el segundo apartado señalé que, de acuerdo con Dennett, una de las implicancias de la teoría de la evolución de Darwin es que esta ha demostrado que no todo diseño tiene un diseñador. En sus términos, no es necesario saber cómo hacer una máquina perfecta y bella para poder crearla. Se trata de una competencia que no necesariamente requiere comprensión de aquello que se crea ni de las razones por las que funciona.

En el tercer apartado he argumentado que las tesis y argumentos presentados en los primeros dos conducen a objetar la idea de que los estados mentales necesariamente desempeñan papeles decisivos en los procesos creativos. Sostuve que esta consideración debe tener efectos en las teorías de la creatividad porque en general en dichas teorías se confiere un rol explicativo central a los estados mentales de los creadores.

Finalmente, me he propuesto sistematizar y desarrollar el marco darwinista dennettiano en términos más propositivos. Con ese objetivo, en el cuarto apartado recuperé las sugerencias dispersas que Dennett ha

realizado con respecto a cómo debería ser una concepción darwiniana de la creatividad. Poner estos señalamientos en relación con otras tesis y nociones filosóficas de Dennett me permitió argumentar que, de acuerdo con este enfoque, los procesos de creación en la cultura humana son de diversos tipos. Algunos de ellos se pueden identificar con lo que tradicionalmente se ha entendido como diseño inteligente: procesos que comienzan con un problema u objetivo y trabajan “de arriba abajo”, con intervención de la comprensión. Ahora bien, desde este abordaje, este tipo de procesos ocupan en la cultura humana un lugar mucho más restringido de lo que se suele pensar: tienen un alcance más limitado del que se les ha atribuido tradicionalmente. A su vez, el enfoque darwinista dennettiano nos permite considerar procesos de creación que carecen de objetivos y proceden “de abajo arriba”, conservando lo que no es perjudicial, sin una dirección predeterminada. Se trataría de procesos darwinianos que son estudiados por la evolución cultural. Así, desde la perspectiva que he analizado se entendería que los procesos postulados por las teorías de la evolución cultural deben ser tenidos en cuenta a la hora de estudiar la creatividad humana. Mientras que los procesos de diseño inteligente operan en un nivel personal o individual, los analizados por la evolución cultural lo hacen en el nivel supraindividual o comunitario.

En suma, he defendido que el marco darwinista dennettiano de la creatividad es pluralista —dado que incorpora procesos de diferente tipo y que operan en distintos niveles—, que incluye explicaciones que tienen en cuenta el carácter acumulativo del diseño y contempla que los procesos creativos son, en gran medida, colaborativos y no necesariamente involucran un alto grado de comprensión. Considero que este enfoque permitiría cuestionar la preeminencia teórica que se le ha dado a las habilidades cognitivas individuales a la hora de explicar el carácter original y funcional de los logros creativos.

He señalado que alguien podría considerar que los argumentos que he elaborado no deberían tener efectos en las teorías de la creatividad, en la medida en que dichas teorías deberían ocuparse precisamente de aquellos procesos en los que la mente humana procede mediante objetivos y “de arriba abajo”, exhibiendo comprensión del proceso que lleva a cabo. He argumentado que la concepción dennettiana de la mente y del diseño permite objetar la idea de que algunas formas de producir diseño son más relevantes para la creación humana que otras. Antes bien, una concepción darwinista dennettiana de la creatividad humana

debe tener en cuenta tanto el diseño inteligente como los procesos acumulativos transgeneracionales postulados por la evolución cultural. Espero que los desarrollos aquí discutidos puedan ser considerados un ejemplo adicional del poder transformador que Dennett atribuye a la teoría evolutiva darwiniana, concebida como un “ácido universal” que reconfigura nuestra aproximación a los fenómenos que aborda.²⁵

Referencias

- Acerbi, A. y Mesoudi, A. (2015). If We Are All Cultural Darwinians What's the Fuss About? Clarifying Recent Disagreements in the Field of Cultural Evolution. *Biology and Philosophy*, 30(4), 481-503. <https://doi.org/10.1007/s10539-015-9490-2>
- Amabile, T. (1983). *The Social Psychology of Creativity*. Springer. <https://doi.org/10.1007/978-1-4612-5533-8>
- Baravalle, L. (2017). El papel del pensamiento poblacional en la teoría de la doble herencia. *Scientiae Studia*, 15(2), 283-305. <https://doi.org/10.11606/51678-31662017000200005>
- Barron, F. (1955). The Disposition toward Originality. *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 51, 478-485. <https://doi.org/10.1037/h0048073>
- Boden, M. (2002). *The Creative Mind: Myths and Mechanisms*. Routledge.
- Brentano, F. (2012). *Psychology from an Empirical Standpoint*. A. C. Rancurello, D. B. Terrell y L. L. McAlister (trads.). Routledge. <https://doi.org/10.4324/9780203202883>
- Briskman, L. (2009). Creative Product and Creative Process in Science and Art. En M. Krausz, D. Dutton y K. Bardsley (eds.), *The Idea of Creativity* (pp. 17-42). Brill. <https://doi.org/10.1163/ej.9789004174443.i-348.12>
- Campbell, D. T. (1960). Blind Variation and Selective Retention in Creative Thought as in Other Knowledge Processes. *Psychological review*, 67(6), 380-400. <https://doi.org/10.1037/h0040373>

²⁵ Este trabajo fue realizado en el marco de proyectos de investigación financiados por los siguientes organismos: el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina (proyecto PIP 11220200103107CO); la Secretaría de Ciencia y Tecnología de la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina (proyecto CONSOLIDAR 33620230100966CB); la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica de Argentina (proyecto PICT-2020-01653), y el Ministerio de Ciencia e Innovación de España (proyecto PID2021-128835NB-I00).

- Csikszentmihalyi, M. (2014). *The Systems Model of Creativity: The Collected Works of Mihaly Csikszentmihalyi*. Springer. <https://doi.org/10.1007/978-94-017-9085-7>
- Darwin, C. (1964). *The Origin of Species*. Harvard University Press. <https://doi.org/10.2307/j.ctvjf9xp5>
- Dawkins, R. (1976). *The Selfish Gene*. Oxford University Press.
- De Sousa, R. (2018). [Reseña de *From Bacteria to Bach and Back: The Evolution of Minds*, de D. C. Dennett]. *Evolutionary Studies in Imaginative Culture*, 2(1), 113-116. <https://doi.org/10.26613/esic.2.1.80>
- Dennett, D. C. (1990a). The Interpretation of Texts, People and Other Artifacts. *Philosophy and Phenomenological Research*, 50, 177-194. <https://doi.org/10.2307/2108038>
- Dennett, D. C. (1990b). The Myth of Original Intentionality. En K. A. Mohyeldin Said, W. H. Newton-Smith, R. Viale y K. V. Wilkes (eds.) *Modelling the Mind* (pp. 43-62). Clarendon Press. <https://doi.org/10.1093/oso/9780198249733.003.0004>
- Dennett, D. C. (1991). Real Patterns. *The Journal of Philosophy*, 88(1), 27-51. <https://doi.org/10.2307/2027085>
- Dennett, D. C. (1995a). *La conciencia explicada*. S. Balari Ravera (trad.). Paidós.
- Dennett, D. C. (1995b). *Darwin's Dangerous Idea: Evolution and the Meanings of Life*. Penguin Books.
- Dennett, D. C. (1998). *La actitud intencional*. D. Zadunaisky (trad.). Gedisa.
- Dennett, D. C. (2001). In Darwin's Wake, Where Am I? *Proceedings and Addresses of the American Philosophical Association*, 75(2), 11-30. <https://doi.org/10.2307/3218710>
- Dennett, D. C. (2002). *Content and Consciousness*. Routledge. <https://doi.org/10.4324/9780203005729>
- Dennett, D. C. (2006). From Typo to Thinko: When Evolution Graduated to Semantic Norms. En S. Levinson (ed.) *Evolution and Culture: A Fyssen Foundation Symposium* (pp. 133-145). The MIT Press.
- Dennett, D. C. (2013). *Intuition Pumps and Other Tools for Thinking*. W. W. Norton & Company.
- Dennett, D. C. (2017). *De las bacterias a Bach: la evolución de la mente*. M. Figueras (trad.). Pasado & Presente.
- Fogarty, L., Creanza, N., Feldman, M. W. (2015). Cultural Evolutionary Perspectives on Creativity and Human Innovation. *Trends in Ecology & Evolution*, 30(12), 736-754. <https://doi.org/10.1016/j.tree.2015.10.004>

- Gaut, B. y Livingston, P. (2003). *The Creation of Art: New Essays in Philosophical Aesthetics*. Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1111/j.1747-9991.2010.00351.x>
- Gaut, B. (2010). The Philosophy of Creativity. *Philosophy Compass*, 5(12), 1034-1046.
- Ginnobili, S. (2022). Darwinian Functional Biology. *Theoria. An International Journal for Theory, History and Foundations of Science*, 37(2), 233-255. <https://doi.org/10.1387/theoria.22645>
- Glăveanu, V. (2011). How Are We Creative Together? Comparing Sociocognitive and Sociocultural Answers. *Theory and Psychology*, 21, 473-492. <https://doi.org/10.1177/0959354310372152>
- Glăveanu, V. (2015). Creativity as a Sociocultural Act. *The Journal of Creative Behavior*, 49(3), 165-180. <https://doi.org/10.1002/jocb.94>
- Godfrey-Smith, P. (2009). *Darwinian Populations and Natural Selection*. Oxford University Press.
- Kaufman, J. C. y Glăveanu, V. (2019). A Review of Creative Theories: What Questions Are We Trying to Answer? En J. Kaufman y R. Sternberg (eds.), *The Cambridge Handbook of Creativity* (pp. 27-43). Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/9781316979839.004>
- Kronfeldner, M. E. (2009). Creativity Naturalized. *The Philosophical Quarterly*, 59(237), 577-592. <https://doi.org/10.1111/j.1467-9213.2009.637.x>
- León, M. (2023). Is Cultural Selection Creative?. En J. M. Viejo y M. Sanjuán (eds.), *Life and Mind: New Directions in the Philosophy of Biology and Cognitive Sciences* (pp. 133-164). Springer. https://doi.org/10.1007/978-3-031-30304-3_7
- Locke, J. (1847). *An Essay Concerning Human Understanding*. Kay & Troutman.
- Miłkowski, M. (2009). Is Evolution Algorithmic? *Minds and Machines*, 19(4), 465-475. <https://doi.org/10.1007/s11023-009-9170-6>
- Mesoudi, A. (2011). *Cultural Evolution: How Darwinian Theory Can Explain Human Culture and Synthesize the Social Sciences*. University of Chicago Press. <https://doi.org/10.7208/chicago/9780226520452.001.0001>
- Richerson, P. y Boyd, R. (2005). *Not by Genes Alone: How Culture Transformed Human Evolution*. The University of Chicago Press. <https://doi.org/10.7208/chicago/9780226712130.001.0001>
- Ross, D. (2000). Introduction: The Dennettian Stance. En D. Ross, A. Brook y D. Thompson (eds.), *Dennett's Philosophy:*

- A Comprehensive Assessment* (pp. 1-26). The MIT Press. <https://doi.org/10.7551/mitpress/2335.003.0003>
- Runco, M. A. y Jaeger, G. J. (2012). The Standard Definition of Creativity. *Creativity Research Journal*, 24(1), 92-96. <https://doi.org/10.1080/10400419.2012.650092>
- Schliesser, E. (2018). A Genealogy of Modernity and Dennett's Strange Inversion of Reasoning. *Teorema: Revista Internacional de Filosofía*, 37(3), 171-180.
- Searle, J. (1982). The Myth of the Computer. *The New York Review of Books*, 29(7), 3-6.
- Searle, J. (1983). *Intentionality: An Essay in the Philosophy of Mind*. Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9781139173452>
- Searle, J. (2004). *La mente: una breve introducción*. H. Pons (trad.). Grupo Editorial Norma.
- Simonton, D. K. (1999). *Origins of Genius: Darwinian Perspectives on Creativity*. Oxford University Press.
- Sober, E. (2004). *The Design Argument*. Blackwell.
- Sober, E. (2006). Evolution, Population Thinking, and Essentialism. En E. Sober (ed.), *Conceptual Issues in Evolutionary Biology* (pp. 329-359). The MIT Press.
- Sperber, D. (1996). *Explaining Culture: A Naturalistic Approach*. Blackwell.
- Sterelny, K. (2006). Memes Revisited. *British Journal for the Philosophy Science*, 57(1), 145-165. <https://doi.org/10.1093/bjps/axi157>